

## CAPITULO XXI

## CIUDAD Y CAMPO

Ya en sus tiempos comparaba Cobbett á Londres con una ancha vena surcando el grueso semblante de Inglaterra. Hay verdad en esta comparación. Nada demuestra más claramente la insalubridad de las actuales tendencias sociales que la concentración rápidamente creciente de la población en las grandes ciudades. En unas doce mil cabezas de ganado vacuno se calcula lo que se mata semanalmente en los mataderos de New-York. Todas las semanas se traen de Chicago unos 2.100 bueyes. Considerad lo que este solo artículo en el surtido de víveres de una gran ciudad indica sobre los elementos de fertilidad, que, en vez de volver al suelo de donde salieron, vienen á nuestras grandes ciudades. Lo contrario de esto es el carácter destructor del nuestra agricultura, que año por año va consumiendo la productividad de nuestro suelo y disminuyendo virtualmente el área de tierra aprovechable con el auxilio de nuestros millones siempre en aumento.

En todos los aspectos de la vida humana se producen efectos semejantes. Las vastas poblaciones de estas grandes ciudades están completamente divorciadas de todas las influencias geniales de la natura-

leza. La gran masa de ella nunca pone el pie sobre la madre tierra en todo el año, ni arranca una flor silvestre, ni oye el cantar de los arroyos, ni el crujir del grano, ni el murmurio de las hojas cuando la ligera brisa pasa por los bosques. Todas las suaves y alegres influencias de la naturaleza les están vedadas. Sus sonidos están ahogados por el estruendo de las calles y el vocerío de los que ocupan la habitación ó la casa contigua; sus perspectivas están oscurecidas por altos edificios. El sol y la luna salen y se ponen y los astros se mueven por los cielos en solemne procesión, pero estas multitudes encarceladas las contemplan como las contemplaría un hombre desde un pozo hondo. La blanca nieve cae por el invierno para convertirse en sucio fango sobre las aceras, y cuando se pone el sol, en el verano, de las masas de la orilla y de piedra se exhala un calor peor que el del medio día. Obrando con prudencia, las autoridades de Filadelfia rotularon con su nombre respectivo todos los árboles de sus plazas; porque si no, ¿cómo los niños criados en esas ciudades distinguirán un árbol de otro? ¿Cómo distinguirán siquiera la hierba del trébol?

La vida de las grandes ciudades no es la vida natural del hombre. En tales condiciones debe deteriorarse física, mental y moralmente. Sin embargo, el mal no acaba aquí. Este es sólo un lado de él. Esta vida antinatural de las grandes ciudades significa una vida igualmente antinatural en el campo. Así como el lobanillo ó tumor, arrastrando en su venenoso torbellino los jugos sanos del cuerpo, empobrece todas sus demás partes, así la agrupación de seres humanos en las grandes ciudades empobrece la vida humana en el campo.

El hombre es un animal gregario. No puede vivir sólo de pan. Si sufre en cuerpo, entendimiento y alma, por ponerse en contacto demasiado íntimo con sus semejantes, también sufre por separarse demasiado de ellos. La belleza y sublimidad de la naturaleza se desvanece en el hombre cuando no se asocia con otros hombres; su infinita diversidad se hace monótona cuando no hay compañerismo humano; sus comodidades físicas son pobres y escasas; sus nobles facultades languidecen; todo lo que le hace más grande que el animal se resiente de la falta del estímulo que nace del contacto del hombre con el hombre. Considerad la esterilidad de la vida del labrador aislado; la triste rueda de sueño y trabajo en que pasa su existencia. Considerad (lo que es peor todavía) la monótona existencia á que está condenada su esposa; su falta de recreo y diversión, de satisfacciones del gusto y del sentido de la belleza y armonía; su constante carga de cuidados y trabajos que ponen á las mujeres gastadísimas y arrugadas cuando debieran estar en la flor de sus años. Ni las mismas incomodidades y miserias de la reducida casa de vecindad son peores que las incomodidades y miserias de esa vida. A medida que las ciudades crecen, agrupándose en ellas insalubrenmente los habitantes hasta que se ven empaquetados en hileras, familia sobre familia, así en el campo están insalubrenmente separados. La tendencia, dondequiera que este proceso de la concentración urbana se lleva á cabo, es hacer la vida del campo pobre y penosa, y despojarla del estímulo social y de las satisfacciones necesarias, que son tan indispensables á los seres humanos. La antigua y saludable vida social del pueblo y aldea va desapareciendo en todas partes. En Inglaterra, Escocia é Irlanda, la poca densidad de la pobla-

ción es tan marcada como su concentración en las grandes ciudades. En Irlanda, cuando recorréis á caballo los caminos, vuestro guía, si es un viejo, os señalará muchos sitios que, cuando él era niño, eran populosos pueblos, donde en las tardes de verano resonaba la risa de los niños y los alegres clamores de los jóvenes, y que ahora están completamente desolados, mostrando, como únicas evidencias de la ocupación humana, las aisladas chozas de miserables pastores. En Escocia, donde en ciudades como Glasgow se agrupan tantos seres humanos que dos terceras partes de las familias viven en una sola habitación, donde si pasáis por las calles en una noche de sábado, pensaréis, si nunca habéis visto la Tierra del Fuego, que estas pobres criaturas envidiarían á sus habitantes, hay grandes extensiones, algún día populosas, ahora abandonadas al ganado, á las gallinas y á los ciervos; valles que un día contuvieron miles de hombres están hoy día habitados por un par de guardabosques. Así, á través del Tweed, mientras Londres, Liverpool, Leeds, Manchester y Nottingham crecieron, la vida de la aldea de «la alegre Inglaterra» se ha extinguido. Dos terceras partes de toda la población está apiñada en las ciudades. Pueblos como los que, según cuenta la tradición, recorrían Shakespeare y sus camaradas, han desaparecido; verdes aldeas, donde se plantaba el árbol de Mayo, están ahora cercadas por los muros de alguna mansión señorial, mientras aquí y allí surgen recuerdos de una fe pasada y de una población dispersa, en grandes iglesias ó en sus reliquias; iglesias que ahora nunca se llenarían á no ser que viniesen peregrinaciones de la ciudad en ferrocarril.

Así, en los distritos agrícolas de nuestros Estados más antiguos, pueden observarse las mismas tenden-

cias, pero en los Estados nuevos es donde se encuentra su expresión más íntegra; en ranchos que se miden por millas cuadradas, donde hay vaqueros salvajes, cuya vida social está limitada á embriagarse bestialmente, en una ciudad en que hay ferrocarril, y en las fincas de *bonanza*, donde por la primavera la vista se fatiga de contemplar océanos de ondulate trigo antes de poder descansar en una sola casa; fincas donde los labradores están alojados en barracas y donde sólo el mayordomo se permite el lujo de tener una esposa.

Que las actuales tendencias están precipitando á la sociedad moderna hacia la inevitable catástrofe, es evidente, «ya que no por otra cosa» por la concentración de la población en las grandes ciudades, concentración que va rápidamente en aumento. Hace un siglo, New-York y sus arrabales no pasarían de 25.000 almas. Ahora tiene 2.000.000. El mismo desarrollo durante otro siglo daría una población de 160 millones. Una ciudad así es imposible. Mas ¿qué diremos de las ciudades de 10 y 20 millones que, si continúan las actuales tendencias, verán los niños que ahora nacen? En esto no insistiré, sin embargo. Únicamente deseo llamar la atención sobre el hecho de que esta concentración de población empobrece la vida social en los extremos, así como la envenena en el centro; eso es tan injurioso para el agricultor como para el habitante de la ciudad (1).

Esta distribución antinatural de la población, como esa distribución antinatural de riqueza que da á un hombre cientos de millones y hace mendigos á otros

(1) Pueden verse sobre el tema de la absorción del campo por la ciudad algunos trabajos del poeta belga Emilio Verhaeren y su tomo de poesías, *Les Villes tentaculaires*. (N. del T.)

hombres, es el resultado de la acción de las nuevas fuerzas industriales en condiciones sociales no adaptadas á ellos. Deriva primariamente de que consideramos la tierra como propiedad individual y secundariamente de que nos desdeñamos de ejercer funciones sociales á que el progreso material nos obliga. Desviadas sus causas, seguiríase una distribución natural de la población, que daría á cada cual un espacio respirable.

En esto estaría la mayor ganancia del agricultor en las medidas que propongo. Con la reasunción de derechos comunes al suelo, la población excesiva de las ciudades se difundiría, la población esparcida del campo se haría más densa. Cuando ningún individuo ganase con el aumento en el valor de la tierra, cuando nadie necesitase temer que sus hijos fuesen despojados de sus derechos naturales, nadie necesitaría más tierra que la que emplease con utilidad. En vez de fincas escuetas y mal cultivadas, separadas por grandes extensiones sin cultivar, se agruparían unas junto á otra quintas con terrenos. Los emigrantes no trabajarían en acres sin cultivar, ni el grano sería arrastrado miles de leguas hasta encontrar tierras cultivadas. No se abandonarían el uso de la maquinaria; donde la cultura en gran escala asegurase economías, aún subsistiría; pero con la desaparición de los monopolios, la subida de los salarios y la mejor distribución de la riqueza, la industria de este género tomaría la forma cooperativa. La agricultura cesaría de ser destructora y se haría más íntensa, obteniendo más del suelo y devolviendo lo que se le ha prestado. La colonización más unida daría origen á economías de todo género; el trabajo sería mucho más productivo y la vida rural compartiría las comodidades, di-

versiones y estímulos que ahora consiguen sólo las clases favorecidas en las grandes ciudades. Anulado el monopolio de la tierra, paréceme que la vida rural tendería á regresar al tipo primitivo de la aldea, rodeada de campos cultivados, con su pastoreo común donde seguramente el labrador sería feliz participando íntegramente de todas las enormes economías y de todas las inmensas ganancias que la sociedad puede asegurar sustituyendo la ordenada cooperación á la anarquía desenfrenada, á la voraz contienda.

Que las masas ahora consumidas en las casas de vecindad de nuestras ciudades en condiciones que producen la enfermedad y la muerte, el vicio y el crimen, tendrían por cada familia su saludable casa, rodeada de su jardín; que el labrador fuese capaz de ganarse la vida con un trabajo diario de dos ó tres horas por término medio, que más pareciese saludable recreación que trabajo; que su hogar estuviese repleto de todas las conveniencias que se estimaban lujos; que se surtiese de luz y de calor, y poder si necesitase, relacionarse por teléfono con sus vecinos; que su familia tuviese entrada libre á las bibliotecas, salas de lectura y gabinetes científicos; que pudiesen visitar el teatro, el concierto ó la ópera, cuantas veces quisiesen hacer incidentalmente excursiones á otras partes del país ó á Europa; que, en una palabra, no sólo el hombre de suerte, el uno entre mil, sino el hombre de cualidades vulgares, de vulgar penetración y prudencia, disfrutase de todo lo que la civilización avanzada puede aportar para elevar y expansionar la vida humana; todo esto parece, á la luz de los hechos existentes, un sueño tan descabellado como jamás concibió el cerebro de un tomador de opio. No obstante, es hoy cosa fácilmente posible al alcance de los hombres.

En nuestra loca contienda para sobreponernos uno á otro, ¡cuán poco caso hacemos de las buenas cosas que la pródiga naturaleza nos concede! Considerad este hecho: para la mayoría de las personas en países como Inglaterra y hasta en los Estados Unidos, la fruta es un lujo. Sin embargo, la madre tierra no es avara de su fruta. Si quisiésemos persuadirnos de esto, cada camino debiera estar bordeado de árboles frutales.

## CAPITULO XXII

### CONCLUSIÓN

Paréceme que la clave y significado de los grandes problemas sociales de nuestro tiempo está en esto: supuesto que se nos da más que á todos los hombres de todos los tiempos, más se nos exige. Hemos hecho y estamos haciendo todavía enormes progresos en lo material. Es necesario que avancemos proporcionalmente en lo moral. La civilización, cuando progresa, exige una conciencia más elevada, un sentido más claro de la justicia, una fraternidad más ardiente, un espíritu público más amplio, más elevado, más verdadero. Faltando estas cosas, la civilización debe convertirse en destrucción. No puede mantenerse en la ética del salvajismo. Porque la civilización une á los hombres cada vez más estrechamente y tiende constantemente á subordinar el individuo á la colectividad, y á hacer cada vez más importantes las condiciones sociales.

Los problemas políticos y sociales que se nos presentan son más graves de lo que suponen los que no han parado la atención en ellos, aunque su solución estriba solamente en la más apropiada combinación de las fuerzas sociales (1). El hombre domina la natura-

(1) Me complace mucho citar aquí el nombre de Eduardo

leza material estudiando sus leyes, y en las condiciones y facultades que parecían más contrarias, ha encontrado sus más ricos almacenes y sus más poderosos siervos. Aunque hemos comenzado por sistematizar nuestro conocimiento de la naturaleza física, es evidente que no nos negará ningún deseo si buscamos su recompensa de acuerdo con sus leyes. Y esa facultad de adaptar los medios á sus fines que ha capacitado al hombre para convertir en un camino real el Océano un día intransitable, para trasladarse de un sitio á otro con una rapidez que deja atrás á la golondrina, para aniquilar el espacio en la comunicación de sus pensamientos, para convertir las rocas en calor, luz, fuerza y material para mil usos, para pesar las estrellas y analizar el sol, para hacer hielo en el cenador y hacer que broten flores en los inviernos septentrionales, también, si las emplea, le servirán para vencer las dificultades sociales y evitar los peligros sociales. El dominio de la ley no está limitado á la naturaleza física. Del mismo modo abraza esta ley el universo moral que el material; el desarrollo y la vida social tienen sus leyes tan determinadas como las de la materia y del movimiento. Si queremos hacer la vida social sana y feliz, debemos descubrir estas leyes y perseguir nuestros fines de acuerdo con ella.

No pido á nadie que lea este libro, que acepte mis opiniones. Le ruego que piense por sí mismo. Todo el que, dejando á un lado el prejuicio y el interés propio, medite atenta y honradamente sobre las causas y la curación de las enfermedades sociales que son tan palpables, hace con eso la cosa más importante que

Dato, como el de uno de los políticos más orientados de España y acaso como el llamado á resolver en gran parte la brutal contienda entre el capital y el trabajo.—(N. del T.)

está á su alcance por destruirlas. Esta obligación primaria recae en nosotros individualmente, como ciudadanos y como hombres. Aunque podamos hacer cualquier otra cosa, esto debe venir primero. Porque «si un ciego guía á otro ciego, los dos al abismo irán luego».

La reforma social no ha de consolidarse por el ruido y la gritería, por las quejas y las denuncias, por la formación de partidos ó la explosión de revoluciones, sino por el despertar del pensamiento y por el progreso de las ideas. Hasta que hayamos corregido los ideas, no puede haber recta acción; y cuando las hayamos corregido, la recta acción *se seguirá*. El poder está siempre en manos de las grandes masas de hombres. Lo que oprime á las masas es su propia ignorancia, su egoísmo míope. La gran obra de nuestros días, para todo hombre y para toda organización de hombres que quiera mejorar las condiciones sociales, es la obra de la educación, la propagación de las ideas. Sólo cuando contribuye á esto puede servir de algo cualquier otra cosa. Y en esta obra, todo el que puede pensar puede ayudar: primero, formándose ideas claras, y luego, esforzándose por elevar el pensamiento de aquellos con quienes se pone en contacto.

Hay muchos demasiado deprimidos, demasiado embrutecidos con el trabajo penoso y la lucha por la existencia, para pensar por sí mismos. Por eso recae sobre los que pueden la obligación con mucha más fuerza. Si hay pocos hombres que piensen, son por esa razón mucho más poderosos. Nadie imagine que no tiene influencia. Cualquier cosa que sea y dondequiera que se encuentre, el hombre que piensa, llega á ser una luz y una fuerza. Parece una máxima dura decir que por cada palabra ociosa que pronuncien los

hombres darán cuenta el día del juicio. Pero nada hay más evidente que la teoría de la persistencia de la fuerza, que nos enseña que todo movimiento continúa obrando y reobrando, y que debe aplicarse así al mundo del espíritu como al de la materia. Todo el que se imbuje de una noble idea aviva la llama encendida en otras antorchas y ejerce influencia sobre aquellos con quienes se pone en contacto, sean pocos ó muchos. Hasta dónde puede extenderse esa influencia, así perpetuada, no nos es dado apreciarlo ahora. Mas acaso el Señor de la Viña lo sabrá.

Como he dicho en el primer capítulo, los progresos de la civilización exigen que se preste una atención cada vez mayor y que se aplique mayor inteligencia á los asuntos públicos. Y por esta razón estoy convencido de que cometemos una grave equivocación al privar á un sexo de su voto en los asuntos públicos, y que de ningún modo aumentaríamos tanto la atención, la inteligencia y el entusiasmo que deben aportarse á la solución de los problemas sociales, como redimiendo á nuestras mujeres. Aun cuando en un estado más grosero de la sociedad la inteligencia de un sexo baste para la administración de los intereses comunes, las cuestiones mucho más delicadas, complejas é importantes, que el progreso de la civilización hace de importancia pública, requieren la inteligencia de las mujeres como de los hombres, y eso nunca podremos conseguirlo hasta que las interese por los asuntos públicos. Y he llegado á creer que mucho de la poca atención, de la volubilidad, de la falta de conciencia que vemos manifestados respecto á los asuntos públicos de la mayor importancia, deriva del hecho de que privamos á nuestras mujeres de tomar la parte que les corresponda en estos asuntos. Nada

interesará plenamente á los hombres si no interesa también á las mujeres. Hay quien dice que las mujeres son menos inteligentes que los hombres; pero, ¿quién dirá que son menos influyentes?

Y estoy firmemente convencido, como he dicho ya, de que para llevar á cabo cualquier gran reforma social, debe apelarse más bien á la simpatía que al interés egoísta, al sentido del deber que al deseo del adelanto. La envidia es la aliada de la admiración, y la admiración que el rico y el poderoso excitan es la que asegura la perpetuación de las aristocracias. Donde el hombre que tiene diez céntimos mira con desdén al que tiene nueve, la injusticia social, que hace á las masas del pueblo leñadores y aguadores en beneficio de unos pocos privilegiados, tiene los más firmes baluartes. Se cuenta de cierto agitador florentino que cuando había recibido un nuevo par de botas, deducía que estaban satisfechos todos los agravios populares. ¡Cuántas veces vemos esta historia reproducida de nuevo en los movimientos de los trabajadores y en las luchas de las asociaciones obreras! El punto flaco de todos los movimientos es que sólo apela al interés propio. Y como el hombre está de tal manera constituido que es completamente imposible para él conseguir la felicidad, á no ser buscando la felicidad de otros, así parece estar en la naturaleza de las cosas que los individuos y las clases sólo puedan obtener sus justos derechos luchando por los derechos de otros. Para aclarar esto diremos que cuando los trabajadores de cualquier oficio forman una asociación obrera, adquieren, subordinando los intereses individuales de cada uno á los intereses comunes de todos, la facultad de pactar en mejores condiciones con los amos. Pero esta facultad dura poco cuando las

combinaciones de la asociación obrera son contrariadas y puestas en jaque por la presión ejercida para encontrar empleo por los que están fuera de sus límites. Ninguna asociación de trabajadores puede hacer subir sus salarios muy por encima de los salarios acostumbrados. Intentar hacerlo así es como intentar botar al agua una lancha sin tapar las rendijas. Por esta razón es necesario, si los obreros quieren conseguir algo real y permanente para sí mismos, no sólo que cada oficio vele por los intereses comunes de todos los oficios, sino que los obreros instruidos adopten las medidas que han de mejorar la situación de los obreros no instruidos. Aquellos á quienes más se han de tener en cuenta, aquellos en cuyo socorro debe llevarse á cabo la lucha social, si el trabajo ha de ser redimido y si ha de conquistarse la justicia social, son los menos capaces de socorrer ó luchar por sí mismos, los que no tienen la ventaja de la propiedad, de la destreza ó de la inteligencia, los hombres y mujeres que están en la base de la escala social. Al asegurar los derechos iguales de éstos aseguraremos los derechos iguales de todos. De aquí que, como decía Mazzini, para conquistar los derechos del hombre deban agruparse los hombres bajo el estandarte del deber, no bajo los estandartes del interés propio. Y en esto podemos apreciar la profunda filosofía de Aquel que ordenó á los hombres amar á sus prójimos como á sí mismos. En ese espíritu y no en otro está la facultad de resolver los problemas sociales y llevar adelante la civilización.